



CUENTOS DE MI TAITA
MACHACUY (MACHAWAY)
Por Nicomedes Santa Cruz

Al Hombre de nuestra Selva Amazónica,
en la persona de mi buen amigo el
pintor y novelista Celso de
Araujo.

—Juana —dijo Pedro Yataco a su robusta mujer—, ahora que la Florinda salió a llorear me parece que cojeaba de una pierna.

—Pues sí —respondió la mu-
jer—, yo pensé que habría pisa-
do una espina o que la hubiera
picado algún bicho, pero no tie-
ne nada; le he revisado su pier-
nita izquierda, que es la que le
duele, y no vi ninguna hinchaz-
ón, ninguna leprita. Eso sí, esa
piernita se le está poniendo más
flaquita que la otra... ¿Qué raro
no?

II
En la confluencia del Pintoya-
cu con el Nanay está horque-
teado el pequeño pueblito de
Santa María. Santa María de
Nanay. A dos kilómetros del pue-
blo, río abajo, como quien va a
lquitos, construyó su "tambo"
Pedro Yataco, mitayero, 32 años,
natural de Requena, marido de
Juana Amapahua (descendiente
de aguacrunas) y padre de Flo-
rinda.

—Pedro —dijo Juana a su
marido, alcanzándole a la mesa
un humeante plato de timbuche
de shiripira—, ¿qué vamos a ha-
cer?, la Florinda sigue mal, le
duele mucho la pierna, se le ha
puesto flaquita como patita de
maquiza y no puede caminar.

Le he dicho que se quede en la
cama.

—Florí, mi mariposita, triste,
¿qué sientes? —preguntó acer-
cándose al lecho el atribulado
mitayero.

—Taitita, me duele mucho mi
piernita, a veces se me duermen,
a veces me hormiguea... Me due-
le mucho, taita —respondió Flo-
rinda con un hilo de voz.

La madre, entre tanto, mos-
traba a Pedro Yataco la pierna
raquítica de la "pequeña" que,
día a día, inexplicablemente, se
iba secando.

—Le he puesto renaco y piri-
piri, pero nada le ha hecho. Pa-
rece cosa del-shapshico. ¿Tienes
hambre, Florita?

—No, mamanchi —respondió
la niña.

III
Pedro Yataco, reposando so-
bre la hamaca, pensaba. Todos
los años vividos, todas sus expe-
riencias desfilaban ante sus en-
tornados ojos. En esa extraña
cronología, las seis horas trans-
curridas basidronite para reme-
morar treinta y dos años de in-
tensa vida selvático.

La Luna llena revolcábase so-
bre las tranquilas aguas del Na-
nay arrancando extraños refle-
jos; pero bajo la copa del letal
punguyo las sombras de la no-
che se recortaban con fúnebre
négrura.

—¡Juana!...
—¿Pedro?...
—¿Duermes?

—No, tengo un pujito.

—¿Qué cosa, Pedro?

—¡Vamos, levántate de la ca-
ma pero despacio, sin hacer bu-
la. Así... Ahora abre la ventana
para que entre luz, que afue-
ra hay Luna llena.

—Pero qué cosa pasa, Pedro?
—¡Chist...! ¡Vamos a ver a
la Florí.

—Está dormidita, Pedro.

—Hum... a ver, levántale la
manito, pero despacio. Juana,
temblorosa, descubrió a su pe-
queña hija.

En la selva amazónica se ven
diariamente los cosas más rari-
sas; allí sucede lo imposible, pe-
ro lo que vieron los curtidados ojos
de los padres de Florinda no te-
nia precedente. Allí, totalmente
enroscada a la pierna izquierda
de la niña, desde el tobillo has-
ta el muslo, apoyada la chata
cabeza sobre el bajo vientre de
la pequeña criatura, dormía una
machucuy-jergón; vibora de po-
co más de un metro, pero cuya
mordedura es tan ponzoñosa que
su activo veneno puede matar un
bien en contados minutos. Aho-
ra bien, este reptil que había es-
cogido para dormir la pierna de
un ser humano, al enroscarse en
ella totalmente impedía la libre
circulación de la sangre, y como
ésto sucediera noche tras noche
produjo la atrofia del miembro.

—¡Tápala! —susurró serena-
mente Pedro.

—Juana, obediente, cubrió a
la niña que siguió durmiendo,
ignorante del mortal peligro en
que hacía ya dos meses que vi-
vía. Luego se acurrucó junto a
su marido en un ángulo de la
pieza, y esperaron. Esperaron
con esa paciencia que sólo se ad-
quiere viviendo en plena selva.
Amanecía ya, cuando del le-
cho de Florinda se descolgó, sin
prisa, la machucuy. Ya en tierra

se enroscó y desenrolló por dos
veces, como quien desentume el
cuerpo. Luego se alzó reptando
velozmente hasta perderse por
un pequeño agujero de la pared
abierto a ras del suelo.

Pedro Yataco pasó la tarde
afilando contra un batán su enor-
me machete, mientras su mujer
preparaba café y luego vertía le-
che en un plato de barro (moca-
cha). Casi no se dirigieron a la
labra durante todo el día. Flo-
rinda, en su lecho, tejía un ar-
tístico pañero.

La noche encontró a los pa-
dres de Florinda en atenta vigi-
lia. En el recuadro de la abierta
ventana se recortó fugaz la si-
miesca silueta de una chosna,
lanzó un grito y desapareció.
En la choza sólo se sentía la
acompañada respiración de la ni-
ña. Juana y Pedro casi no res-
piraban.

De pronto, por el agujero apa-
reció la machucuy. En su cami-
no a la cama de Florinda estaba
el plato con leche, reptando si-
lente se acercó a él y levantó su
romboidal cabeza dos palmos del
suelo, por un instante quedó os-
cilando como un péndulo. Relam-
pagó el machete de Yataco y
de un cálido golpe decapitó a la
vibora. El cuerpo mutilado valió
el plato de leche. Un segundo
golpe —innecesario ya— partió
en dos el cilindrico cuerpo.

El grito agudo de un coto al-
borotó la fauna nocturna y des-
pertó a Florinda.

—Taitita, mamanchi, ¿qué pa-
sa? —preguntó la niña al ver a
sus padres levantados en media
noche.

—Nada, Florita. Duérmete no
más —le contestaron cariñosos.
Y Juana y Pedro también se
fueron a acostar, no sin antes
haber arrojado a las aguas del
Nanay los restos sanguinolentos
de la machucuy.